

# Paranoico González.

Don Paranoico, el Sr. González, preparaba todo para salir. No podía perder detalle. Metió dos latas de cerveza en la mochila, junto con un bloque helado, enrollado todo en una manta pequeña; una bolsa de pistachos, el tabaco, el papel, y la china. Se aseguró de llevar dos mecheros, papel para hacer filtros, y el cenicero portátil.

Don Paranoico era muy consciente de que iba a correr un grave peligro. Sin embargo, había pensado largamente que no podía renunciar a su vida por evitar el riesgo pues, entonces, más le valdría estar muerto. Así que concluyó que iría a tomar el aire, esperando que todo saliera bien y que, dado el caso, asumiría las consecuencias.

Comprobó, don Paranoico, que llevaba todo, siguiendo su protocolo de seguridad: Llevaba de fumar, de beber, de liar, el móvil, las llaves y, sobre todo, la documentación. Era muy importante que un estúpido descuido no fuese a armar el lío y dar al traste con su aventura.

Salió por fin a la calle. Esperaba, como siempre ocurría, que enseguida pasasen coches de ellos, con desesperante frecuencia, y pensó: “¡Cuánta gasolina se está quemando a lo tonto!” Mientras caminaba hacia su coche.

Lo abrió, introdujo la mochila en el asiento delantero derecho, se sentó, quitó el garrote de seguridad, puso música, y arrancó. Iba a un parque cercano, pero no podía relajarse. Debía seguir las normas de tráfico con escurpulosidad, si quería evitar incidentes.

Otras muchas veces, don Paranoico se había quedado en el coche, si hacía fresco, como hoy, o calor, y por oír música y estar cómodo, mientras veía pasar a la gente, ejercitantes y paseantes de perros, principalmente. Esta vez fue distinto porque había un violador pederasta suelto, se decía en las noticias, y un hombre adulto solo en un coche podría despertar sospechas, por lo inusual. De modo que eligió sentarse en un banco. El tiempo era bueno si le daba el Sol.

Se relajó, dejó pasar el tiempo y, cuando se lo pidió el cuerpo, lio un porro, mirando previa y frecuentemente a todas partes por si aparecían ellos. Había comprobado, antes de sentarse, que no estaba a menos de 50 metros de ninguna zona infantil. Más adelante, sacó una cerveza y bebió, poniendo la lata lo más oculta posible tras la mochila.

Así pasó el tiempo con los pensamientos de Paranoico yendo de aquí para allá, mientras pasaban coches de ellos, dos o tres por hora, sin que se pararan, por suerte, a indagar en la persona de Paranoico, no llamaba la atención. Cada vez que daba un trago, volvía a esconder la lata de cerveza.

Saber que Paranoico echó las latas en la papelera y guardó las colillas en su cenicero portátil pues, por allí donde pasaba, procuraba no dejar huella.

Terminaba la tarde. Paranoico había bebido dos cervezas y fumado cuatro porros. Ahora se trataba de volver a casa, lo más delicado. Fumar un porro en el parque puede costar una multa de 30.000 €. Beber cerveza podría costar otro tanto. Pero conducir bebido y fumado puede salir por, incluso, la cárcel. Y si se tiene un accidente en estas circunstancias, ya es la repera.

Paranoico consiguió llegar a casa sin altercados. Entró, dejó la mochila, sacando el tabaco, y se desnudó y tumbó en la cama. En

este momento un rayo atravesó su cabeza... ¡Qué pamplinas! Lo que ocurrió es que el punto de encaje de Paranoico se desplazó. Esto fue experimentado como un fogonazo que iluminaba la realidad. Técnicamente, don Paranoico estaba dormido y ensoñando.

Ocupaba un púlpito muy alto. Tan alto que sintió que debía vigilar el paso de la luna, pues tendría que agacharse para que no lo golpeará en la cabeza. Bajo él hasta la superficie de la tierra se extendía un anfiteatro de infinidad de oyentes (No infinitos, sino muchísimos). Él daba su discurso con soltura, seguridad y confianza:

“¿No estamos en democracia?”, decía. “¿Acaso tiene sentido que yo elija a alguien que me diga qué puedo o no puedo hacer?”, continuaba. “¿Es que yo soy estúpido y otra persona sabe mejor cómo son las cosas y qué riesgos tienen?”, Insistía. “No he agredido a nadie, no he robado a nadie, no he molestado a nadie. En cuanto a poner en riesgo a alguien, dos cosas: Una, el primero que se pone en riesgo soy yo. Dos, la vida tiene sus riesgos, todxs vamos a morir. No se puede limitar la libertad personal por algo de lo que debe ocuparse cada cual. Nadie puede decidir por otro, y el velar por la seguridad propia y común es un aprendizaje del que más adelante hablaré”, argumentó. “¿Cómo puede someterse alguien a un estado policial?, ¿es que es usted subnormal y le tienen que decir cómo comportarse?”, concluyó parcialmente.

Paranoico atravesaba un torrente de comprensiones que precipitaron en las siguientes palabras. Ya iba a por todas:

“¿Por qué tiene usted que cobrar su trabajo?”, dijo. “¿Es que si no no lo haría?, ¿es usted unx vagx a quien hay que obligar a trabajar?, ¿es que su trabajo es inútil?”, continuó. “¿Necesita usted una zanahoria a la que seguir para mantenerse en marcha, al dinero me refiero?, ¿es que no sabe usted qué trabajo es útil y

ecológico y cuál no?”, insistió. “¿No es usted capaz de trabajar por su propia satisfacción y la satisfacción del grupo, la humanidad, digo, en vez de prostituirse al vender su voluntad?”, argumentó. “¿Es que no sabe usted que por mucha gente que no quiera trabajar, habrá más que suficiente trabajo en satisfacción para cubrir las necesidades de la humanidad y mucho más?, ¿que a quien trabaja satisfechx no le importa que otrxs no trabajen?, ¿que esta Tierra puede albergar a toda la humanidad y más en todo bienestar imaginable?”, concluyó por el momento.

Y por fin explicó:

“Hacer el bien con el menor riesgo para todxs no es una cuestión de elección, decisión, concienciamiento u obligación, sino de aprendizaje. Un aprendizaje extraordinariamente bello que es lo que constituye la vida. Vida interesantísima y maravillosa cuando se vive realmente, en libertad.”

Ahora Paranoico sí había concluido totalmente, pues lo que provocó el desplazamiento de su punto de encaje había sido una embolia cerebral que progresó hasta su muerte definitiva.

Paranoico, como es lógico, no escribió estas reflexiones ni se las comunicó a nadie. Sin embargo, sus visiones quedaron grabadas en el silencio. Cuando otrx las encuentre, será un vivo recuerdo.

Jesús Estrada, en septiembre de 2014. [www.nuevaera.info](http://www.nuevaera.info)